La muerte como un imaginario



POR LUIS FELIPE NARVAEZ

La muerte siempre está en nuestra percepción lejana e intocable, elaborada mentalmente en un concepto ajeno al mismo: consideramos que esa "muerte" la no natural sino la violenta, la que nos toca día a día, como forma externa de imposición y de dominación humana no nos tocará. Siendo atroz y terrible.

Siempre reflexionamos y consideramos que el que la sufre es el otro lejano y extraño: que no pertenece a nuestro centro. Y cuando nos toca de manera tangencial con primos, amigos o conocidos, últimamente de manera frecuente, sentimos que nos agrede de manera muy efímera y fugaz.

Nos hemos acostumbrado de manera atroz y terrible a llevarla lejana y ajena. Nuestro inconsciente y el consciente han creado barreras de defensa ante nuestra indefensión e incapacidad social para controlarla por eso elaboramos realidades ajenas a la misma realidad.

Hemos perdido hasta la posibilidad del "duelo". Aptitud importante de nuestra psiquis para repensarnos como sociedad: somos el país más alegre del mundo, que hasta ahora he conocido, somos risa y chiste en nuestra vida cotidiana. Pero no entiendo como en este país de la eterna rumba nos agredimos hasta eliminar al otro físicamente llegando a un grado de éxtasis tal que nos alegramos cuando matan a 40 bandoleros, o nos ponemos tristes "cuando matan 40 soldados de la patria", o somos indiferentes "cuando matan 40 campesinos".

Nuestra guerra es una relación social de emociones; una de tristezas, indiferencias o felicidades "de la guerra porque si se quiere evitar al hombre el destino de la guerra hay que empezar por confesar serena y severamente la verdad: la guerra es fiesta. Fiesta de la comunidad al fin unidad con el más entrañable de los vínculos del individuo al fin disuelto en ella y liberada de su soledad, de particularidad y de sus intereses; capaz de darlo todos, hasta su vida.

Fiesta de poderse aprobar sin sombras y sin dudas frente al perverso enemigo de creer tontamente tener la razón y de creer más tontamente aún que podemos dar testimonio de la verdad con nuestra sangre" (Estanislao Zuleta).

Pero esa "muerte", a pesar de todo reproduce esos miedos sociales del no pensamiento diferente, crítico y controvertible, dejando una estela de no historia: de no masacres, de no muertos, de no vida. Esa muerte imaginaria en el olvido, esa que nos hace recordar, a pesar de todo; a nuestros muertos: Nelson Carvajal, Armando Narváez, Julio Mentiras, Eduardo Umaña, Ancizar Carbonell, políticos liberales o conservadores, soldados, guerrilleros, campesinos, líderes comunitarios, paras, nuestros suicidas, etc, porque cuando muere un hombre colombiano, pesar de nuestros olvidos, perdemos una parte de nosotros sustancial.

Porque a pesar de nuestros olvidos y nuestras elaboraciones mentales para alejarlo de nuestra realidad trágica, ellos los muertos tocan todas las noches la puerta de nuestra conciencia pesada y absurda por medio del cual permitimos que nuestra violencia sea un proceso cíclico y autodestructivo.